

NATALIO R. BOTANA

El siglo de la libertad
y el miedo

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ÍNDICE GENERAL

Prólogo a la tercera edición	9
Prólogo a la primera edición	33
I. EN LOS AÑOS TREINTA	39
Entre la memoria y la historia	46
H.G. Wells inventa el futuro	52
Guglielmo Ferrero en Ginebra	62
II. LOS CONFLICTOS ENTRE PRINCIPIOS DE LEGITIMIDAD	77
La legitimidad del poder limitado	80
La legitimidad del poder redentor	89
La legitimidad del Estado-Nación	96
La legitimidad de un tipo de sociedad	103
La legitimidad democrática	111
III. DEL SIGLO XIX AL SIGLO XX	117
Las impresiones de un viajero	120
La sociedad evolutiva entre la revolución y la guerra	126
El fenómeno del totalitarismo	132
Los regímenes autoritarios y su momento totalitario	146
IV. LA TRADICIÓN REPUBLICANA EN LA DEMOCRACIA CONTEMPORÁNEA	161
Ocaso y derrumbe de la tradición republicana: el período de entreguerras	164

La reconstrucción de las democracias	176
La experiencia argentina de la ilegitimidad	189
V. EL ÚLTIMO TRAMO DEL SIGLO XX	205
Dos viejos testigos en los años setenta	208
Del terror recíproco a la democracia	217
La tradición hegemónica en la democracia argentina	229
La "paz perpetua" en el mundo globalizado	240
EPÍLOGO. Elogio de la libertad política	253
Bibliografía	265
Índice de nombres	275

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN 2001

Este relato, concluido en 1997 y publicado un año más tarde, es un ensayo de aproximación a la trama que conforma el siglo XX. Si tuviese que parafrasear a Gaston Fessard, diría que esta representación de la “actualidad histórica”, sesgada e insuficiente, adquiere, a la luz de los últimos acontecimientos, un cariz vertiginoso. En su fase final, este prólogo ha sido escrito bajo el influjo de las masacres que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001 en Manhattan y Washington. Al igual que en los peores momentos del siglo XX, el mundo se interroga acerca del comienzo de una nueva era tan tenebrosa como incierta. ¿Signo de una época que se clausura? ¿O expresión, quizás, de corrientes profundas que, entre insospechadas mutaciones, iniciaron su derrotero varias décadas atrás? Tal vez la lectura de este libro, más allá del impacto producido por esos acontecimientos, proporcione al lector alguna conclusión provisoria, más atenta a la continuidad de unas tendencias que se dispararon con ferocidad a lo largo de la centuria pasada: el apetito de la muerte en masa yuxtapuesto en este caso a la guerra en Medio Oriente, que ya dura más de cincuenta años, y al desarrollo de la tecnología y de las comunicaciones.

¿Se puede imaginar una tragedia semejante sin la acción de misiles, bombas y armas de diferente calibre? No parece probable. Sin embargo, ese crimen gigantesco fue posible mediante la apropiación de cuatro aviones realizada por un grupo de fanáticos dispuestos al suicidio. Se valieron para ello de algunos elementos punzantes y, desde luego, de una prolija preparación y del uso táctico del factor sorpresa. Bastó desviar esas pocas máquinas de la red de aviación comercial más densa del mundo y lanzarlas contra sus objetivos. La sociedad libre es movimiento y comunicación. El terrorismo se valió de esos resortes para intentar destruirla. Es una escalofriante visión de la fragilidad del progreso humano y una puesta al día de los temas que recorren este libro: el miedo enfrentado a la libertad, el ascenso hacia la paz que los seres humanos emprenden en la historia desde el fondo oscuro de la violencia.

Con la ayuda de los márgenes que nos impone la cronología, estamos pues instalados de lleno en el alba del siglo XXI. De vuelta hacia

el pasado, la narrativa e interpretación de los historiadores sobre la centuria que despuntó en 1901 ha cobrado, también, un ritmo igualmente vertiginoso. Sería una tarea imposible consignar, en las pocas páginas de este prólogo, los nuevos y abundantes aportes producidos recientemente y las carencias que se pueden advertir en este libro. Cada aspecto de los que aquí se tratan, cada constelación de ideas y personajes, se asienta sobre una masa de conocimientos que, en brevísimo lapso, aumenta incesantemente. Salvados algunos errores, he preferido dejar las cosas tal como fueron expuestas, de acuerdo con un método que intenta cruzar, en el mismo campo de significados, la memoria personal y la reconstrucción de la historia.

Quizás el paso del tiempo, tal como puede comprobarse revisando la historiografía consagrada al siglo XIX, aplaque en los investigadores del pasado la acción deletérea de la memoria, con sus condicionamientos vitales que conducen a mirar obsesivamente unos hechos, valoraciones o creencias en detrimento de otros. No es el caso de este texto. En él, las circunstancias seleccionadas cargan el peso de la experiencia de alguien envuelto, desde la Argentina, en un planetario "adviento de Prometeo" (según la bella expresión de Joseph Folliet): la tierra y el fuego, la transformación de la naturaleza, el fanatismo y la razón, la liberación y la servidumbre de innumerables seres humanos. ¿Cuál es el mundo que seguimos observando, sin entender del todo ese inmenso espectáculo, anclados en convicciones a las cuales siempre hostiga la duda implícita en el saber crítico? Veamos entonces, a modo de cierre definitivo de estas páginas, algunos rasgos y sugerencias de los últimos años del siglo XX, fechados a partir de 1997.

* * *

Conviene atender, de entrada, al estado de la especie humana en la Tierra. Cuando concluyó anticipadamente el siglo XX, con los fuegos artificiales del 31 de diciembre de 1999 y los temores de un colapso mundial en los sistemas de computación, muchas de las reflexiones en torno a esa fecha rememoraron el contraste abismal entre, por un lado, los hallazgos de la ciencia y de la tecnología y, por otro, la presencia constante del genocidio y de la muerte en masa. Este *leitmotif* de *El siglo de la libertad y el miedo* recoge una paradoja sobrecogedora: nunca se avanzó con tanto ahínco para prolongar la vida humana; jamás el poder fue capaz de organizar tantas maquinarias de aniquilamiento y tantos campos de exterminio.

¿Quién ganó, al fin, la partida en el siglo XX? ¿La vida o la muerte? Difícil ensayar una respuesta general en el plano político: el genocidio y el terrorismo, en efecto, se desplazan por la geografía del plane-

ta con la misma velocidad y fuerza destructora que revelaban tener las pestes hasta bien entrado el siglo XIX; pero si nos adentramos en el análisis de los fenómenos silenciosos de más larga duración, en el siglo XX la vida humana ha crecido con un formidable impulso.

Hoy el planeta ha franqueado la barrera de los 6.000 millones de personas. Aquí, como en el caso de la muerte en masa, no hay ninguna época que registre un fenómeno semejante. En 1900, 1.600 millones de habitantes poblaban la Tierra; en el año 2001 esa cantidad se ha multiplicado por cuatro. Una sola nación, China, alberga un número de seres humanos (1.300 millones) que se aproxima a la cifra global del novecientos; la India, por su parte, se empina sobre los 1.000 millones.

Este crecimiento se aceleró después de la Segunda Guerra Mundial y alcanzó su pináculo hacia la década del setenta, cuando la población llegó a un récord de crecimiento del orden del 2,1% anual. Después, la marcha se hizo más pausada. En estos años la población del mundo crece a un ritmo del 1,3% anual debido a dos circunstancias opuestas: las sociedades ricas en el hemisferio norte bajan drásticamente la tasa de fecundidad y prolongan la vida de sus habitantes, mientras las sociedades pobres de Medio Oriente y de África crecen a una velocidad que algunos estudios europeos, con una mezcla de temor y menosprecio racial, no dudan en calificar de desafortada (cabe agregar, sin embargo, que este impulso está atemperado en África por la catastrófica difusión del SIDA). De todos modos, las diferencias entre sociedades congeladas y sociedades fecundas no han perdido actualidad: América Latina ocupa en este cuadro una posición demográfica activa.

La desaceleración de un curso que se juzgaba inevitable ha modificado las previsiones demográficas para el siglo XXI. Hace treinta años los expertos especulaban con predicciones "malthusianas" acerca de un futuro con una superpoblación de 15.000 millones; hoy los pronósticos se han reducido a algo más de la mitad (8.000 millones). No obstante, la visión de un mundo cuyos habitantes oscilarán entre los 6.000 y los 8.000 millones no deja de ser impactante, en especial si se ubican estos promedios en relación con el explosivo desarrollo de las ciudades. En los inicios del siglo XX, el mundo era predominantemente rural; cuando termina, el hábitat urbano ha reemplazado al paisaje campesino. Al contrario de lo que ocurrió con el crecimiento demográfico, esta tendencia mundial no deja de acentuarse. La apertura del siglo XXI está marcada entonces por el desafiante ascenso de las megalópolis.

Esta mudanza ha generado un cambio mayúsculo en las relaciones familiares y de género. Si el siglo XXI ubica a la mujer en el centro de